

El mesianismo judío, una respuesta política a la dominación romana

Carles LILLO BOTELLA*
Universitat de Barcelona

LOS ORÍGENES DEL MESIANISMO JUDÍO

Contrariamente a lo que ocurrió en el Occidente mediterráneo, el expansionismo romano halló la horma de su zapato en el Oriente helenístico, donde la presencia de estados consolidados dificultó la asimilación de los mismos a la *romanitas*. A este hecho se sumó, en el caso de Judea, la existencia de una religión estatal que constituía el verdadero aglutinante de la nación¹ y que acabaría siendo el principal elemento de choque con el poderío romano². Es de sobra conocido que, en época de la dominación romana, los judíos aguardaban a un líder redentor que les libraría del yugo extranjero y les devolvería no sólo la independencia perdida³, sino también los días de gloria que Israel había vivido en época de David, a cuyo linaje debía pertenecer el libertador en cuestión. A este personaje se le conocería de manera genérica como el «mesías» (משיח), en griego χριστός, término que, en origen, designaba a los reyes ungidos de Israel. No obstante, y a pesar de que resulta indudable que la idea mesiánica está presente en buena parte de la literatura del período, conviene matizar esta visión. Conviene señalar, en este sentido, que ninguno de los líderes a los que se suele aplicar el apelativo de mesías en los tiempos de la dominación romana sobre Judea se adjudicó tal título, solamente el último de ellos, Simón bar Kochba y con muchas dudas, tal como tendremos ocasión de exponer.

Como todo lo que atañe al judaísmo, el mesianismo tuvo su origen en la propia Biblia, en la que, sin embargo, el término «mesías» se encuentra sólo en contadas ocasiones⁴. En el libro de Samuel, por ejemplo, aparece referido a Saúl, primer rey del Israel unificado y al que se denomina «el ungido de Dios» (1 *Sam.* 24, 7). En el libro de Isaías, por su parte, se califica al rey persa Ciro como «ungido» (*Is.* 45, 1), siendo éste el único caso

* El autor es miembro del *Grup de Recerques en Antiguitat Tardana* (GRAT) de la *Universitat de Barcelona*, dirigido por el Dr. Josep Vilella. Este estudio ha sido realizado merced a la concesión de una beca FPU por parte del Ministerio de Educación, Ciencia y Universidades y se enmarca en los proyectos de investigación HAR2010-15183/HIST y 2009SGR-1255, financiados por el MCIN y la AGAUR respectivamente.

¹ Gallego, 2000, p. 63

² Avi-Yonah, 1984, pp. 2-7; Johnson, 1991, pp. 104-109; Schwartz, 2001, pp. 22-23.

³ Schürer, II, 1985, pp. 637-638.

⁴ Klausner, 1956, p. 7.

en que tal calificativo se aplica a un gentil. Asimismo, en el libro del Levítico se habla del «sacerdote ungido» (*Lev.* 4, 3; 5, 16; 6, 15), mientras que la expresión «no toquéis a mis ungidos», que hallamos en el libro de los Salmos y en el primer libro de las Crónicas (*Ps.* 105, 15; 1 *Chron.* 16, 22) estaría haciendo referencia a los patriarcas bíblicos. Por último, otras menciones dispersas por el libro de los Salmos estarían aludiendo al pueblo de Israel en su conjunto (*Ps.* 89, 39 y 52; 84, 10).

En principio, éstos serían los únicos pasajes en los que se menciona expresamente la palabra «mesías» y, como vemos, en ninguno de ellos se aplica a un supuesto líder que habría de venir. Es en los libros de los profetas donde más claramente se estaría hablando de tal figura, particularmente en Isaías. No obstante, dichos pasajes deben ser entendidos como referidos a personajes y hechos contemporáneos, más que a una espera futura⁵. Fue la exégesis bíblica, tanto rabínica como cristiana, la que relacionó estas narraciones con el anuncio de la llegada del mesías⁶.

En el surgimiento del ideal mesiánico jugó un papel clave el presentismo inherente a la religión judía, elemento clave en el mantenimiento de la identidad del pueblo hebreo como grupo diferenciado en el maremágnum de culturas que constituyó el mundo romano. Este presentismo se materializaba, sobre todo, en la lectura periódica de las Escrituras sagradas, donde historia y religión se daban la mano para dar lugar al surgimiento de una serie de hitos o modelos compartidos por toda la comunidad y que servirían de inspiración a quienes aguardaban la espera mesiánica. El verdadero prototipo del mesías lo encarnaba, como es obvio, la figura del rey David, paradigma de buen legislador, justo con su pueblo, piadoso con la divinidad y, ante todo, elegido por Dios; en definitiva, David aparece como el garante del mantenimiento de la alianza de Dios con su pueblo elegido. Este David idealizado se iría convirtiendo, con el paso del tiempo, en el arquetipo del redentor esperado, si bien sus características continuaron siendo vagas e imprecisas⁷. Lo que sí parecía claro era que su elección divina había quedado transmitida a su linaje, tal como recoge el libro del profeta Hageo respecto a Zorobabel⁸, último representante de la casa de David y que condujo la primera oleada de judíos de vuelta del exilio babilónico.

En la literatura bíblica, tanto canónica como apócrifa, se hallan menciones a que el reino de la casa de David se impondrá en el futuro⁹. Es el caso del libro de la Sabiduría de Ben Sira (47, 11) y el primer libro de los Macabeos (2, 57). En el libro de Oseas, así como en algunos pasajes de la literatura talmúdica, se llega al punto de afirmar que el rey de la era mesiánica será el propio David o, al menos, alguien de tal nombre¹⁰. Junto a David, el otro gran arquetipo que representó las esperanzas mesiánicas del pueblo de Israel fue Moisés, modelo inspirador de no pocas figuras carismáticas del período, en tanto que constituye el libertador por excelencia de la nación israelita del yugo de la dominación extranjera.

⁵ García Martínez, 1993, p. 189.

⁶ Schürer, II, 1985, pp. 641-642.

⁷ Greenstone, 1969, p. 500.

⁸ *Ag.* 2, 23.

⁹ Klausner, 1956, pp. 8-9.

¹⁰ *Os.* 3, 5; *Talmud de Babilonia, Sanh.* 95b.

EL CHOQUE CON ROMA Y EL HELENISMO

A lo largo de la Antigüedad clásica el pueblo judío fue visto como una anomalía por todos los pueblos con los que entró en contacto. El culto mosaico, organizado en torno al santuario de Jerusalén, constituía el elemento central del enfrentamiento entre el modo de vida judío y el ritmo de los tiempos marcado por el auge del helenismo. Los intentos de los diferentes monarcas extranjeros, fundamentalmente de Antíoco IV Epifanes¹¹, por acabar con aquel extraño culto, provocaron la violenta reacción de amplios sectores de la sociedad judía, representados por el llamado movimiento hasídico, y que ansiaban una vuelta a los orígenes puros de la religión hebrea, expurgando todo lo que de novedoso había traído el helenismo. Así quedó iniciado el camino que desembocaría, en época de la dominación romana, en un auténtico movimiento mesiánico. Este proceso queda atestiguado en algunas de las obras de la literatura pseudoepigráfica, como el libro de los Jubileos, el Testamento de los Doce Patriarcas, los Salmos de Salomón o los escritos de la comunidad de Qumrán¹², donde se ponen por escrito estas esperanzas mesiánicas¹³.

Míralo, Señor, y suscítale un rey, un hijo de David, en el momento que tú elijas, oh Dios, para que reine en Israel tu siervo. Rodéale de fuerza, para quebrantar a los príncipes injustos, para justificar a Jerusalén de los gentiles que la pisotean, destruyéndola, para expulsar con tu justa sabiduría a los pecadores de tu heredad, para quebrar el orgullo del pecador como vaso de alfarero, para machacar con vara de hierro todo su ser, para aniquilar a las naciones impías con la palabra de su boca, para que ante su amenaza huyan los gentiles de su presencia y para dejar convictos a los pecadores con el testimonio de sus corazones¹⁴.

El principal testimonio mesiánico del período lo hallamos, sin embargo, en los llamados Oráculos Sibilinos, un heterogéneo conjunto de textos datado entre los siglos II a.C. y el VI d.C., probablemente obra de judíos helenizados¹⁵, a medio camino entre el la tradición profética bíblica y la adivinación pagana¹⁶. En el libro III, en el que se hallan las partes más antiguas, se habla del mesías como figura mística a la vez que política, como el instrumento de Dios que congregará a todas las naciones de la tierra en torno a la obediencia de la Ley¹⁷, todo ello impregnado de una fuerte hostilidad antirromana¹⁸:

¹¹ Ciertamente, las fuentes judeocristianas, especialmente los libros de los Macabeos, inciden en esta idea, pero lo más probable es que el propósito de Antíoco estuviese encaminado a una transformación más que a una erradicación del culto mosaico. Para esta tarea contó, conviene recordar, con el entusiasta apoyo de una parte de la aristocracia hebrea en un arranque de lo que Johnson denomina «racionalismo militante» (Johnson, 1991, p. 110).

¹² García Martínez, 1993, p. 187.

¹³ Jagersma, 1994, p. 93.

¹⁴ *Ps. Sal.* 17, 21-25 (trad. castellana de A. Piñero Sáenz).

¹⁵ Bartlett, 1985, p. 39.

¹⁶ Suárez de la Torre, 2001, pp. 249-250.

¹⁷ Schürer, II, 1985, pp. 647-649.

¹⁸ Suárez de la Torre, 2001, pp. 251-252.

Y entonces, desde donde sale el Sol, enviará Dios un rey que libraré de la guerra perniciosa a toda la tierra. A unos dará muerte y a otros hará cumplir sus juramentos fidedignos. Pero no por propia voluntad hará todo esto, sino en obediencia a los nobles mandatos de Dios poderoso¹⁹.

Según Jagersma, la mayoría de las expectativas mesiánicas del período se caracterizan por presentar una serie de rasgos comunes²⁰. En la base de todos estos movimientos residía la firme creencia en que Dios acabaría liberando a su pueblo y que la salvación de los justos tendría lugar en el mundo presente, lo cual contradecía lo que sostenía la literatura apocalíptica, para la cual el mundo estaba ya condenado. Asimismo, conviene destacar el enorme impacto que los distintos movimientos mesiánicos tuvieron en Galilea, región de por sí complicada, debido al progresivo empobrecimiento de las clases campesinas, los *'am ha aretz*, lo que constituyó el verdadero caldo de cultivo para episodios de violencia y bandolerismo²¹. A ello se unía la presencia en la región de una población mixta de judíos y gentiles, circunstancia que provocaría episodios de extrema violencia durante la revuelta de los años 66 a 70. F. Lothus relacionaba esta tendencia de los galileos a la sedición con el fuerte apoyo que la región había brindado a la dinastía hasmonea²², última en gobernar un estado judío independiente; de hecho, Galilea fue el bastión principal del intento de restauración de la casa hasmonea por parte de Antígono, hijo de Aristóbulo I, en los años 40-37 a.C.²³.

En su obra clásica sobre el tema, Klausner distinguía entre «expectación mesiánica» y la «creencia en el mesías»²⁴, siendo la segunda de carácter más personalista, es decir, se trataría del convencimiento de que Dios enviaría a su pueblo una señal en forma de líder redentor. En este sentido, el rabino Hillel, principal autoridad en lo que a interpretación de la ley mosaica se refiere en época del Segundo Templo, afirmaba que «no habrá mesías para Israel, porque ya lo disfrutó en los días de Ezequías. Rabí José dijo: Que Dios le perdone. ¿Cuándo floreció Ezequías? Durante el primer Templo. Ezequías ya profetizaba en los días del primer Templo: Regocíjate, hija de Sión; grita, hija de Jerusalén, observa a tu rey viniendo hacia ti. Él es justo y trae la salvación, humildemente y montando un asno, y sobre un pollino hijo de una mula²⁵.»²⁶ Según la interpretación de Rashi²⁷, en el citado pasaje Hillel no estaría negando la esperanza mesiánica, sino únicamente la

¹⁹ *Orac. Sybill.* 3, 652-656 (trad. castellana de E. Suárez de la Torre).

²⁰ Jagersma, 1994, pp. 93-94.

²¹ Gallego, 2000, pp. 67-68.

²² Loftus, 1977, pp. 83-85.

²³ Iosephus, *Ant. Iud.* 14, 334; *Bel Iud.* 1, 250

²⁴ Klausner, 1956, pp. 7-12.

²⁵ *Zac.* 9, 9.

²⁶ *Talmud de Babilonia, Sanhedrin* 99a.

²⁷ Rashi es la abreviatura de rabí Salomón ben Isaac (Troyes, 1040-*id.* 1105), el más importante de los exegetas rabínicos, célebre por sus comentarios acerca de la Biblia y del Talmud. Se decía que una gota de tinta en la pluma de Rashi era más valiosa que una perla.

creencia en el mesías persona, encuadrándose, por tanto, en lo que Klausner denominaba «expectación mesiánica».

En su monografía sobre el tema, Horsley y Hanson sostienen que se ha producido un cierto abuso del término «mesías» para definir lo que muchas veces no son más que líderes carismáticos²⁸. Tal como señala el título de la obra, los autores dividen en tres grupos a todos los líderes judíos antirromanos que jalonan este período: bandidos, profetas y mesías. En el último grupo incluyen únicamente a aquellos caudillos que manifestaron abiertamente aspiraciones regias: Judas de Galilea, su hijo Menahem, Simón de Perea, Atronges, Simón bar Giora y Simón bar Kochba²⁹. A pesar de ello, en la presente aportación hemos rechazado marcar una división tan estricta como la establecida por dichos autores. De hecho, ni tan siquiera nos referiremos a estas figuras carismáticas como mesías, sino como figuras mesiánicas, a partir de la descripción que las fuentes ofrecen de dichos personajes. A este respecto, Flavio Josefo, que constituye nuestra principal y casi única fuente para el conocimiento del fenómeno que aquí nos ocupa, jamás les atribuye el calificativo de «mesías» o de «cristo», posiblemente porque su obra iba dirigida principalmente a un público gentil nada familiarizado con determinadas ideas presentes en la religión mosaica. De todos modos, no deja de ser cierto que en la bibliografía sobre el tema se ha abusado en demasía de lo que, a veces, no es sino un anacronismo, focalizando sobre estos líderes populares, la mayor parte de las veces caudillos militares, algunos de los rasgos que más tarde definirán tanto al mesías cristiano como a los mesías judíos medievales.

Dos son los elementos de carácter político a tener en cuenta en lo referente al auge del mesianismo judaico en época de la dominación romana. Por una parte, el choque con el modo de vida helenístico, que tiempo atrás había dado lugar a las Guerras Macabeas y a la creación de un estado judío independiente bajo la dinastía hasmonea, si bien esta recobrada libertad duró poco, ya que pronto Judea, como el resto de Oriente, cayó irremisiblemente en la órbita romana. El otro factor a considerar sería el enorme desprestigio de la casa real que sustituyó a los hasmoneos en el trono hebreo, la dinastía herodiana, cambio auspiciado por la intervención directa de Roma. A pesar de sus roces con las diversas capas de la sociedad judía, especialmente con la clase sacerdotal, la dinastía hasmonea había logrado devolver a la institución monárquica gran parte de su prestigio, merced a una cerrada defensa de la religión nacional y a una serie de campañas militares que permitieron al judaísmo recobrar una independencia de la que no había gozado desde los tiempos de Nabucodonosor II. Además de ampliar las fronteras del Estado judío, los hasmoneos habían aumentado el número de adeptos al judaísmo mediante la conversión forzada de algunos de los pueblos vecinos que, merced al expansionismo militar, quedaron integrados en el joven reino³⁰. A pesar de que pronto entroncó con el anterior linaje real merced al matrimonio de Herodes el Grande con la princesa hasmonea Mariamne, parece

²⁸ Horsley y Hanson, 1988, p. 90.

²⁹ Horsley y Hanson, 1988, pp.110-131.

³⁰ Sievers, 1990, p.143.

ser que la casa herodiana nunca gozó de una gran estima, ni entre el pueblo ni entre las capas elevadas de la sociedad hebrea, debido en gran parte a su origen foráneo, concretamente idumeo. Los idumeos habían sido uno de los pueblos enemigos de los israelitas en los tiempos bíblicos (Idumea era el nombre romano de la bíblica Edom, poblada según el libro del Génesis, por los descendientes de Esaú) y, además, su conversión a la fe mosaica había tenido lugar de manera reciente y por la fuerza, concretamente durante la guerra por la que Juan Hircano incorporó la región a su reino a finales del siglo II a.C. El descontento generalizado con la casa herodiana llegó a tal extremo que, tras la muerte de Herodes, hubo presiones por parte de los notables judíos para que Augusto aboliese definitivamente la institución monárquica³¹.

FIGURAS MESIÁNICAS ANTES DE LA PRIMERA REVUELTA CONTRA ROMA

En el período anterior a la primera revuelta judía contra Roma surgieron toda una serie de figuras proféticas, así como de caudillos militares que, en buena medida, encarnaban algunas de las esperanzas mesiánicas del pueblo judío. Tal como señala Klausner, el aspecto político de la creencia en el mesías ocupó un primer plano en períodos de dificultad, precisamente porque proclamaba consuelo y la esperanza de que la libertad volvería a Israel³².

El descrédito del que fue objeto la casa real herodiana, sin embargo, no fue obstáculo para que algunos de sus miembros gozasen de cierto apoyo popular, especialmente aquéllos que emparentaban directamente con la dinastía hasmonea a través de Mariamne. La ejecución, por parte de Herodes, de sus dos hijos habidos con la princesa hasmonea, Alejandro y Aristóbulo³³, causó tal conmoción que, según Josefo, los propios romanos intercedieron para salvar la vida de los jóvenes príncipes, aunque sin éxito. Josefo refiere que, poco tiempo después de la eliminación de los príncipes, apareció un impostor haciéndose pasar por Alejandro afirmando que tanto él como su hermano habían logrado salvar la vida debido a que los verdugos enviados por su padre se habían apiadado de ellos en el último momento:

Con estas historias engañó a los judíos de Creta y consiguió una espléndida ayuda para su viaje por mar hacia Melos. El falso Alejandro obtuvo aquí muchos más recursos y, gracias a la gran verosimilitud de su relato, convenció a los que le dieron hospitalidad para que lo acompañaran en su navegación hasta Roma. Llegó a Dicearquía, donde recibió de los judíos de aquel lugar numerosísimos presentes y fue escoltado por los amigos de su padre como si fuera un rey. El parecido físico con el hijo de Herodes era tan evidente, que los que habían visto a Alejandro y le conocían bien juraban que era él. Toda la población judía de Roma salió a verlo, y había una muchedumbre inmensa en las callejuelas por

³¹ Iosephus, *Bel. Iud.* 2, 22.

³² Klausner, 1956, p. 11.

³³ Iosephus, *Ant. Iud.* 16, 392-394; *Bel. Iud.* 1, 550-551.

donde le llevaban. Los melios estaban tan locos que le conducían en una litera y ellos mismos le sufragaban una comitiva real³⁴.

Una vez en la corte, el falso Alejandro aseguró que su hermano Aristóbulo estaba también vivo y que se hallaba escondido en Chipre. Sin embargo, el engaño sería finalmente descubierto gracias a la astucia y los manejos de Augusto, quien había conocido en vida al verdadero Alejandro. El impostor fue condenado a servir en las galeras, mientras que el hombre que lo había convencido para que se hiciera pasar por el príncipe fallecido fue ejecutado. Si atendemos al relato de Josefo, vemos que la dinastía hasmonea, o al menos los dos príncipes fallecidos, gozaban de amplios apoyos no sólo en Judea, sino también entre las comunidades de una Diáspora que, con el paso del tiempo, fue ganando importancia, hasta quedar igualada en la práctica al judaísmo palestino una vez que el Templo fue destruido³⁵. Esta anécdota podría estar ilustrando igualmente que las esperanzas mesiánicas también estaban presentes entre los judíos de la Diáspora y que, por tanto, no se trataría de un fenómeno que debamos circunscribir únicamente a Judea. Conviene recordar, en este sentido, la expulsión de los judíos de Roma narrada por Suetonio, acaecida a causa de las constantes revueltas provocadas por causa de un tal *Chrestus*³⁶.

Otro caso llamativo, igualmente en el seno de la familia real herodiana, fue el de Herodes Agripa I, hijo del príncipe Aristóbulo y, por tanto, descendiente también de los hasmoneos. Criado como huésped en la capital del Imperio al amparo de la corte de los julio-claudios, ya adulto fue enviado por Calígula a Judea como rey para administrar el territorio en nombre del emperador. Las esperanzas que su figura levantó pronto se vieron frustradas debido a su temprana muerte, pues sólo llegó a reinar de manera efectiva tres años, entre el 41 y el 44. Cuenta Josefo que un día en que se celebraban en Cesarea unos juegos en honor de Claudio, ya emperador, Agripa se presentó con una vestimenta de plata que brillaba bajo los rayos del sol. Refiere Josefo lo siguiente:

Inmediatamente los aduladores, uno tras otro, le gritaban expresiones que en realidad no le producían bien alguno, pues lo llamaban Dios, al tiempo que añadían: «Senos propicios. Si hasta el día de hoy te hemos considerado hombre, a partir de ahora, en cambio, confesamos que eres de una condición sobrehumana». El rey no lo reprendió, ni rechazó aquella impía adulación. Y así, al levantar la vista un poco después, vio una corneja posada sobre una cuerda, encima de su cabeza. E inmediatamente comprendió que ella le anunciaba males, igual que en otro tiempo³⁷ le había anunciado bienes, y ello hizo que se apoderara de él un dolor que lo traspasaba y le corroía el corazón. Y se le fijó en el vientre una molestia repentina, que empezó con fuerza. En esta situación Agripa, saltando hasta donde estaban sus amigos, les dijo: «Yo, dios según vosotros, estoy recibiendo ya la

³⁴ Iosephus, *Bel. Iud.* 2, 103-105 (trad. castellana de J. M. Nieto Ibáñez; *vid. asimismo Ant. Iud.* 17, 324-331).

³⁵ Gager, 1975, pp. 136-137.

³⁶ Suetonius, *De uita Caesarum: Diuus Claudius*, 25, 4. Muchas veces se ha visto en este episodio un posible enfrentamiento entre los judíos de Roma y la primitiva comunidad cristiana.

³⁷ Iosephus, *Ant. Iud.* 18, 195.

orden de que deje este mundo (con lo que la Parca viene a demostrar inmediatamente que esas vuestras recientes expresiones respecto a mí eran falsas), y yo, el llamado inmortal por vosotros, marchó ya camino de la muerte. En todo caso, hay que aceptar el destino que Dios nos ha asignado, pues la verdad es que hemos llevado una vida en modo alguno miserable, al contrario, enormemente brillante»³⁸.

Este episodio, posiblemente el más claro ejemplo de alegación mesiánica en la obra de Josefo, constituye un *unicum* en que se observa la más clara evidencia de equiparación de la figura mesiánica con la divinidad, algo que sería furibundamente rechazado por el judaísmo post-templar, pero que constituiría la principal carta de presentación del cristianismo.

Como se ha apuntado, la muerte de Herodes el Grande, acaecida en el año 4 a.C., había sumido a Judea en el caos institucional, ya que habían sido eliminados los inmediatos sucesores del monarca idumeo, Alejandro y Aristóbulo, a los que se sumó a última hora Antipatro. Ello obligó a Roma a intervenir en el difícil reparto de la herencia de Herodes entre los hijos supervivientes³⁹. En este contexto surgieron algunos personajes que trataron de sacar provecho de la situación para obtener rédito político. Es el caso de Simón de Perea, esclavo real del propio Herodes, quien intentó dar un golpe de efecto y proclamarse rey amparándose en el caos que reinaba a la muerte del soberano:

En Perea, Simón, uno de los esclavos reales, orgulloso de su altura y de hermosa figura, se impuso la diadema. Deambulando por el país con los bandoleros que había ido reuniendo, incendió el palacio real de Jericó y otros palacios. Tal conflagración le brindó una excelente ocasión para cometer saqueo. Ninguna casa respetable habría escapado de las llamas si Grato, el general de la infantería real, no hubiese acudido al encuentro de este bellaco con los arqueros de Traconitis y las mejores tropas de los de Sebaste. En el consiguiente enfrentamiento muchos de Perea cayeron. Simón mismo, tratando de escapar por un empinado barranco, fue capturado por Grato, quien golpeó al fugitivo en el cuello, separando su cabeza del resto del cuerpo. El palacio de Betaramata, cerca del Jordán, fue igualmente incendiado hasta los cimientos por otro grupo de insurgentes de Perea⁴⁰.

También en estos años narra Josefo el intento de Atrongeio (o Atronges) por proclamarse rey, si bien la aventura también acabó mal para el personaje en cuestión:

También un simple pastor tuvo la temeridad de aspirar al trono. Se llamaba Atrongeio, y sus solas razones para elevar tales esperanzas fueron su fuerza física, un alma que despreciaba la muerte y cuatro hermanos parecidos a él. A cada uno le confió una banda armada y los empleó como generales y sátrapas para sus correrías, mientras él, como si fuese un rey, manejaba los asuntos más importantes. Fue entonces cuando se puso la diadema,

³⁸ Iosephus, *Ant. Iud.* 19, 343 (trad. castellana de J. Vara Donado).

³⁹ El reino de Herodes fue repartido entre sus hijos Arquelaos, a quien correspondió Judea, Antipas, quien se convirtió en tetrarca de Galilea y Perea y Filipo, que heredó Idumea.

⁴⁰ Iosephus, *Bel Iud.* 2, 57-59 (vid. asimismo *Ant. Iud.* 17, 273-277).

pero sus campañas de pillaje a lo largo del país junto a sus hermanos continuaron largo tiempo. Su principal objetivo era matar romanos y realistas, pero nadie de los judíos, de los cuales aguardaban obtener algo, escapaba si caía en sus manos. En una ocasión, se aventuraron a rodear, cerca de Emaús, a una compañía romana entera, ocupada en el transporte de grano y armas para la legión. Su centurión, Ario, y cuarenta de sus más bravos hombres fueron abatidos por los bandidos; los restantes, en peligro de correr la misma suerte, fueron rescatados gracias a la intervención de Grato con sus sebasteos. Tras perpetrar a lo largo de la guerra tales atrocidades tanto sobre los compatriotas como sobre los extranjeros, tres de ellos fueron finalmente capturados, el mayor por Arquelao, los otros dos por Grato y por Ptolomeo; el cuarto pactó con Arquelao y se rindió. Éste fue el final de todo; pero en el período del que hablamos estos hombres convirtieron toda Judea en el escenario de una guerra de guerrillas⁴¹.

Como ya se ha afirmado, Galilea constituyó el principal foco de resistencia antirromana en la región, lo cual permitió que arraigasen con fuerza las expectativas mesiánicas de liberación. Destaca el caso de la familia de Judas el Galileo, líder de la revuelta desatada en respuesta a la orden del gobernador Quirino de realizar un censo el año 6 d.C. Judas, quien a su vez era hijo de otro líder antirromano de nombre Ezequías, se erigió en líder de los sediciosos con el apoyo de un fariseo de nombre Sadoc, junto al cual habría fundado la llamada «cuarta filosofía» que, en los años de la primera guerra contra Roma, cristalizaría en el llamado movimiento zelote⁴². Refiere Josefo que esta nueva escuela, caracterizada por su inmovible amor por la libertad, se hallaba en el germen de la destrucción de la propia nación judía. La muerte violenta de Judas, sin embargo, no acabó con su estela, continuada por sus descendientes. Así, en época de Claudio, el gobernador Tiberio Alejandro (46-48 d.C.) hubo de crucificar a dos de los hijos de Judas, Jacobo y Simón⁴³. De todos modos, el episodio que mejor refleja las aspiraciones regias de esta familia es el protagonizado por Menahem⁴⁴, a quien Josefo presenta como hijo de Judas, aunque por el tiempo transcurrido, unos sesenta años, resulta más probable que fuese su nieto⁴⁵. Tras hacerse con las armas que se guardaban en la fortaleza de Masada, cuenta Josefo que Menahem «llegó a Jerusalén como si fuese un rey, se hizo jefe de la revuelta y se encargó de dirigir el asedio»⁴⁶. Una vez la ciudad había sido tomada, Menahem subió al Templo «a rezar, con su actitud arrogante y vestimenta real, pertrechado de partidarios suyos armados»⁴⁷. Este testimonio deja fuera de toda duda las aspiraciones regias del clan de Judas el Galileo. Autores como Gressman sostenían que el propio Judas tenía

⁴¹ Iosephus, *Bel. Iud.* 2, 60-65 (vid. asimismo *Ant. Iud.* 17, 278-284).

⁴² Hosley, 1986, pp. 162-165.

⁴³ Iosephus, *Ant. Iud.* 20, 102.

⁴⁴ Kennard, 1946, pp. 281-282.

⁴⁵ Kennard, 1946, p. 285.

⁴⁶ Iosephus, *Bel. Iud.* 2, 434.

⁴⁷ Iosephus, *Bel. Iud.* 2, 443.

aspiraciones mesiánicas⁴⁸. Loftus, sin embargo, consideraba que, con esta puesta en escena, Menahem estaría en realidad reclamando el trono de los hasmoneos⁴⁹, familia con la que, según señala Farmer, es probable que estuviese emparentado⁵⁰.

También en época de Claudio, en los años en que Fado ejerció como gobernador (44-46 d.C.) tuvo lugar el episodio protagonizado por el pseudo-profeta Teudas:

Por otro lado, en las fechas en que Fado era procurador de Judea un mago, de nombre Teudas, procuró persuadir a una masa infinita de personas a que recogieran sus pertenencias y lo siguieran hasta el río Jordán, pues les decía que era un profeta, y les aseguró que a una orden suya se abrirían las aguas del río y que de esta manera les haría fácil el cruce. Y con estas palabras embaucó a muchos. Fado, sin embargo, no les dejó que disfrutaran de su necedad, sino que envió un escuadrón de caballería que cayó sobre ellos de una manera inesperada, aniquiló a muchos e hizo prisioneros a otros. Y al propio Teudas, a quien cogieron vivo, le cortaron la cabeza y la llevaron a Jerusalén⁵¹.

El paralelismo con la figura de Moisés resulta evidente por la pretensión de dividir las aguas para que pudiese pasar el pueblo. Parece probable que se trate del mismo Teudas mencionado por Gamaliel en su célebre alegato en defensa de los apóstoles recogido en el libro de los Hechos de los Apóstoles⁵². Sin embargo, por el testimonio de Gamaliel se deduce que la rebelión de Teudas fue anterior a la de Judas el Galileo, lo cual se contradice con la información que proporciona Josefo.

Los samaritanos, cuya rivalidad con los judíos ha quedado bien atestiguada en las fuentes a pesar de su común origen⁵³, también se vieron imbuidos por la fiebre mesiánica según Josefo:

Pero tampoco el pueblo de los samaritanos dejó de cometer disturbios. En efecto, los revolvió un hombre que no daba importancia alguna al mentir y que urdía cualquier cosa para halagar a la masa. Consecuentemente, les mandó que se reunieran con él en la cima del Monte Garizín, considerado por ellos el más sagrado de todos los montes, puesto que les aseguraba que, si acudían allí, les mostraría los objetos sagrados sepultados en aquel lugar, siendo Moisés, según él, quien los había enterrado en aquel sitio. Y los samaritanos, considerando creíble su información, tomaron las armas y, asentados en cierta aldea de nombre Tirazana, acogían a los que se iban incorporando, con intención de efectuar la subida a la cima de la montaña con una nutrida multitud. Pero antes de que ellos hubieran conseguido subir a la montaña se les anticipó y les tomó la delantera Pilato con el envío de soldados de caballería y de infantería, quienes,

⁴⁸ Gressman, 1929, 458.

⁴⁹ Loftus, 1977, pp. 92-93.

⁵⁰ Farmer, 1958, p. 151.

⁵¹ Iosephus, *Ant. Iud.* 20, 97-98.

⁵² *Act.* 5, 35-39.

⁵³ Se considera que la separación definitiva entre judíos y samaritanos se produjo a partir de la destrucción del Templo samaritano situado en el monte Garizín por el rey Juan Hircano (Sievers, 1990, pp. 142-143).

al trabar combate y enfrentarse a los concentrados en la citada aldea, mataron a unos y pusieron en fuga a otros, al tiempo que llevaron detenidos a un elevado número de ellos, y a los principales cabecillas así como a los más influyentes de los que pretendieron huir los mató Pilato⁵⁴.

Esta crisis espiritual se agravó en las décadas inmediatamente anteriores a la gran revuelta, especialmente en la capital, donde empezaron a abundar toda suerte de líderes carismáticos que intentaban canalizar el descontento popular contra los dominadores romanos:

Resultó así que las fechorías cometidas por los bandidos llenaron la ciudad de tal suerte de sacrilegios, mientras los brujos y falsarios se esforzaban por persuadir a las masas a seguirlos al desierto, puesto que, según les aseguraban, les mostrarían prodigios y señales claras que iban a producirse por prescripción divina. Y fueron muchos los que dejándose convencer, sufrieron el castigo inherente a su insensatez, puesto que Félix los ejecutó, tras haberle sido remitidos⁵⁵.

La última figura mesiánica o profética anterior a la primera revuelta contra Roma es el de cierto egipcio del que Josefo no da el nombre:

Por otro lado, por estas fechas llegó a Jerusalén procedente de Egipto un individuo que alegaba ser profeta y que aconsejaba a las masas populares que fueran con él al llamado Monte de los olivos, el cual queda al otro lado de la ciudad y a una distancia de cinco estadios, puesto que, según insistía en asegurarles, quería mostrarles desde allí cómo a una orden suya se desmoronaban las murallas de Jerusalén, por las que, según les prometía, les ofrecería la posibilidad de entrar en la ciudad. Pero Félix, al enterarse desde Jerusalén acompañado de numerosas fuerzas de caballería y de infantería, cargó sobre las gentes que acompañaban al egipcio. En esta operación aniquiló a cuatrocientos de ellos y, asimismo, hizo prisioneros a doscientos. En lo que se refiere al egipcio, éste desapareció tras lograr escapar de la refriega. Pero los bandidos volvieron a incitar al pueblo a la guerra contra los romanos, diciéndoles que debían negarse a obedecerles, y saqueaban las aldeas de quienes no les hacían caso prendiéndoles fuego⁵⁶.

LA PRIMERA REVUELTA CONTRA ROMA (66-70 D.C.)

Todas las tensiones acumuladas a lo largo de las décadas precedentes dieron lugar al estallido de la primera gran revuelta contra Roma en el año 66. Fue precisamente la toma de Jerusalén por Menahem y sus seguidores la mecha que prendió el polvorín. A lo largo

⁵⁴ Iosephus, *Ant. Iud.* 18, 85-87.

⁵⁵ Iosephus, *Ant. Iud.* 20, 167-168.

⁵⁶ Iosephus, *Ant. Iud.* 20, 169-171 (*vid. asimismo Bel. Iud.* 2, 261-262).

de la contienda, dos nombres sobresalieron en el campo judío: Simón bar Giora y Juan de Giscala. Bar Giora, cuyo nombre significa «hijo del prosélito», posible indicador de un origen humilde⁵⁷, se erigió en líder de la facción idumea, mientras que Juan, originario de la ciudad galilea de Giscala, encabezó al llamado partido galileo. Precisamente Juan es objeto de duros calificativos por parte de Josefo, ya que fue el artífice de la caída en desgracia del propio historiador cuando éste se hallaba al mando de las tropas judías estacionadas en Galilea. El autor narra con todo lujo de detalles el acoso al que fue sometido por parte de Juan y sus seguidores, hasta que finalmente hubo de huir en barca por el lago de Galilea para poder salvar su propia vida⁵⁸. Esta actitud de Juan estaba motivada, como el propio autor se ve obligado a reconocer, por las sospechas de que Josefo estaba planeando pasarse al bando romano⁵⁹.

Más que como aspirantes a la realeza, Josefo presenta a Simón y a Juan bajo el prisma del tirano helenístico⁶⁰. Se dice que Simón instaló la «sede de su tiranía» en la torre de Fasael, a la cual «no le faltaba de nada para asemejarse a un palacio»⁶¹. Sobre Juan de Giscala dice el autor que era «una persona muy astuta que tenía en su interior un terrible deseo de tiranía y que desde hacía tiempo maquinaba contra el Estado»⁶².

Josefo describe una Jerusalén asediada dominada por el fanatismo y la anarquía. Parece claro que el autor intenta en todo momento establecer una diferencia entre los sediciosos y el pueblo llano, el cual es presentado como la víctima principal de las atrocidades de los primeros. Esto se enmarca en el deliberado intento de Josefo por justificar su propio cambio de bando en medio de la guerra, haciendo hincapié en la actitud pecaminosa de los rebeldes, frente a unas tropas romanas que, comandadas por los flavios, no son sino un instrumento divino para castigar las faltas de la nación hebrea⁶³.

Tácito, que también narra la guerra judía en el quinto libro de sus *Historiae*, describe igualmente este estado de desesperación entre los sitiados. En su derrota, los judíos habrían visto el preludio de la era mesiánica:

Se habían manifestado prodigios que ni con inmolaciones ni con ofrendas votivas tiene permitido conjurar este pueblo pasto de la superstición y hostil a las prácticas religiosas: en el cielo se vio enfrentarse a dos ejércitos; sus armas refulgían y súbitos relámpagos iluminaron el templo. Las puertas del santuario se abrieron de repente, una voz sobrenatural anunció que los dioses estaban saliendo y al instante se sintió el imponente movimiento de su salida. Pocos eran para quienes esto significaba una amenaza; la mayoría estaba convencida de que los antiguos textos sacerdotales señalaban precisamente aquél como el momento en que Oriente se haría fuerte y gentes procedentes de Judea se adueñarían del

⁵⁷ Gallego, 2000, p. 78.

⁵⁸ Iosephus, *Bel. Iud.* 2, 619.

⁵⁹ Iosephus, *Bel. Iud.* 2, 614-631.

⁶⁰ Michel, 1968, pp. 78-79.

⁶¹ Iosephus, *Bel. Iud.* 5, 168-169.

⁶² Iosephus, *Bel. Iud.* 4, 208.

⁶³ Idinopoulos, 1990, p. 53.

mundo. A quienes estas premoniciones habían augurado era a Vespasiano y Tito, pero al vulgo, que interpretaba en su provecho, como acostumbra el deseo humano, tal destino, ni siquiera el infortunio lo enderezaba a la verdad⁶⁴.

Los éxitos militares de estos cabecillas quedan reflejados en su carisma a ojos de sus tropas. Así, acerca de Simón se dice que «cada uno de los hombres que estaban a sus órdenes le prestaba tanta atención que incluso hubiera estado dispuesto a suicidarse, si él se lo hubiera mandado»⁶⁵.

A lo largo de la historia, uno de los rasgos que más han definido a los aspirantes a mesías ha sido el antinomismo, es decir, la transgresión consciente y manifiesta de la ley divina. Durante la rebelión, Simón y Judas llevaron a cabo diversos actos que se podrían calificar como sacrílegos, como es el caso del asesinato del sumo sacerdote Matías, episodio que Josefo describe con todo detalle a fin de presentar la extrema crueldad de los sediciosos.

Simón ejecutó, no sin someterlo a tortura, a Matías, por quien él se había hecho dueño de la ciudad. Éste era hijo de Boeto, descendiente de sumos sacerdotes, persona de gran confianza y respeto entre la población. Cuando el pueblo fue maltratado por los zelotes, a cuya cabeza se encontraba ya Juan, él le convenció para que dejase entrar en la ciudad a Simón en su ayuda, sin establecer ningún acuerdo con él y sin esperar ningún mal por parte suya. Sin embargo, cuando llegó, se apoderó de la ciudad y consideró a Matías un enemigo, igual que a los demás, y a la recomendación que este último había hecho al pueblo en su favor la tuvo como una prueba de su simpleza. Le hizo comparecer ante él, le acusó de ser favorable a los romanos y le condenó a muerte junto a sus tres hijos sin concederle la posibilidad de defenderse, pues el cuarto de sus vástagos se había apresurado a refugiarse al lado de Tito. Simón ordenó matar en último lugar a Matías, que le suplicó que le ejecutaran antes que a sus hijos y que le pidió este favor en gratitud por haberle abierto las puertas de la ciudad. Matías fue conducido a un lugar frente a los romanos y degollado después de sus hijos, que murieron ante sus ojos, ya que así se lo había encargado Simón a Anano, hijo de Bagadato, que era el más cruel de sus esbirros. Simón le decía con ironía que hacía esto para ver si venían en su ayuda aquellos con los que él quería escaparse. Además prohibió enterrar sus cuerpos. A continuación fueron asesinados un sacerdote, Ananías, hijo de Maslabo, uno de los personajes notables de la ciudad, el secretario del Consejo, Aristeo, natural de Emaús, y con ellos quince ciudadanos ilustres. También encerraron y pusieron vigilancia al padre de Josefo, y proclamaron públicamente la prohibición de confabular y de reunirse en un mismo lugar en la ciudad, por miedo a una traición. Quitaba la vida, sin un juicio previo, a los que se congregaban para lamentarse juntos⁶⁶.

⁶⁴ Tacitus, *Historiae* 5, 13 (trad. castellana de J. L. Conde).

⁶⁵ Iosephus, *Bel. Iud.* 5, 309.

⁶⁶ Iosephus, *Bel. Iud.* 5, 527-533.

Asimismo, toda vez que la suerte de la ciudad estaba ya echada, se afirma que los esbirros de Simón, en uno de sus últimos actos de crueldad, «degollaron a los sumos sacerdotes para que no quedara la más mínima parte del respeto a Dios, acabaron con todo lo que aún quedaba de su organización política»⁶⁷.

Igualmente patentes resultaban los actos sacrílegos cometidos por el bando de Juan de Giscalá. Así, cuando el asedio apremiaba, Josefo narra cómo utilizaron madera sagrada del propio Templo para construir máquinas de guerra⁶⁸. Posteriormente, toda vez que los sediciosos habían esquilado al pueblo, Juan y sus secuaces saquearon las ofrendas del Santuario, así como los objetos destinados al culto⁶⁹. En cualquier caso, la transgresión más evidente la encontramos en el pasaje en que Josefo afirma de Juan que «en su mesa había dispuestos alimentos prohibidos y se había apartado de la norma de pureza escrita por la ley de la patria, de modo que no había que asomarse si no se comportaba con humanidad y compasión con los hombres una persona que tanto furor había mostrado en sus impiedades contra Dios»⁷⁰.

Especialmente patético resulta el final de Simón⁷¹ y Juan⁷², que acabaron siendo descubiertos por los romanos mientras se escondían en las galerías subterráneas de Jerusalén una vez que la ciudad había caído definitivamente en manos de los enemigos y que la testarudez de los rebeldes, siempre según Josefo, había provocado la ruina, no sólo de sus propios acólitos, sino de la nación judía en su conjunto⁷³. En este sentido, cabe preguntarse si la narración de Josefo sobre las transgresiones y las crueldades de Simón y Juan no tendría por objeto, precisamente, evitar que sus figuras acabasen convirtiéndose en objeto de culto, es decir, en figuras mesiánicas.

No podemos acabar nuestro repaso a Josefo sin referirnos a la imagen que el célebre historiador judío brinda de la familia flavia, a mayor gloria de la cual está consagrada su obra. Al comienzo del quinto libro de la Guerra de los judíos Josefo refiere que los flavios habían recibido el Imperio directamente de manos de Dios⁷⁴. La idea de la elección divina de Vespasiano y su dinastía es una constante en la obra josefiana, de manera que cuando Nerón envía al primero de los flavios a sofocar la rebelión de Judea, se dice que «tal vez lo dispuso así Dios para facilitar el acceso de Vespasiano al Imperio»⁷⁵. El ideal mesiánico, por tanto, fue un elemento que Josefo utilizó en clave propagandística

⁶⁷ Iosephus, *Bel. Iud.* 7, 267.

⁶⁸ Iosephus, *Bel. Iud.* 5, 36-38.

⁶⁹ Iosephus, *Bel. Iud.* 5, 562-566.

⁷⁰ Iosephus, *Bel. Iud.* 7, 264.

⁷¹ Iosephus, *Bel. Iud.* 7, 25-36. Según el relato de Josefo, Simón intentó engañar a los romanos dándoles un susto, al salir de las galerías ataviado con una túnica blanca y un manto púrpura, a la manera de un rey, probablemente porque se tenía por tal cosa. Esta teatralización recuerda asimismo al episodio de la muerte de Herodes Agripa I, sobre el cual ya se ha hablado.

⁷² Iosephus, *Bel. Iud.* 6, 433.

⁷³ Iosephus, *Bel. Iud.* 6, 433.

⁷⁴ Iosephus, *Bel. Iud.* 5, 2 (esta idea de la elección divina de los flavios aparece también en 3, 404 y 4, 33).

⁷⁵ Iosephus, *Bel. Iud.* 3, 1. Suetonio (*De uita Caesarum, Vespasianus* 4, 5) menciona también las esperanzas proféticas de liberación del pueblo judío, afirmando que las mismas acabaron cumpliéndose en la figura de Vespasiano.

a favor de los flavios y es probable que tuviese en mente presentarlos como un nuevo Ciro, calificado como «ungido» en el libro de Isaías, como ya se ha comentado: «Yo te he llevado de la mano para doblegar a las naciones y desarmar a los reyes. Hice que las puertas se abrieran ante ti y no volvieron a cerrarse»⁷⁶. En este sentido, resulta curiosa la forma en que Josefo describe determinadas acciones llevadas a cabo por Tito durante el asalto final al Templo. Actos que eran vistos como sacrílegos cuando eran cometidos por los sediciosos son hábilmente disimulados por la pluma del historiador cuando son realizados por los romanos. Así, el saqueo del Sanctasanctórum por parte de los asaltantes se debió, según Josefo, al deseo del futuro emperador por salvar los objetos sagrados allí custodiados⁷⁷. De igual forma, el incendio mismo del Santuario se habría producido a pesar de los intentos de Tito por evitarlo⁷⁸. Por último, una vez que había sido aniquilada la última resistencia judía, se dice que las tropas romanas realizaron un sacrificio a sus estandartes sobre las ruinas del Templo para celebrar la victoria, todo un acto de transgresión que Josefo apenas trata⁷⁹.

LA SEGUNDA GUERRA CONTRA ROMA (132-135 D.C.)

Seis décadas después de la gran revuelta, Palestina fue centro de un nuevo enfrentamiento entre Roma y el judaísmo, peor conocido, ya que carecemos de un Flavio Josefo que narre con detalle los avatares de la contienda. Entre las dos revueltas hubo, sin embargo, otro episodio bélico que conviene citar. Se trata de la llamada Guerra de Lusio Quieto, que tuvo lugar entre el 115 y el 117. Las fuentes no dan muchos detalles al respecto, más allá de que la rebelión tuvo como escenario Egipto, Cirenaica y Chipre. El líder de la rebelión fue, según Eusebio de Cesarea, un tal Lucúa (Lucas), quien se habría erigido en βασιλεύς⁸⁰. Según Dión Casio, los líderes de la revuelta habrían sido Andreas en Cirenaica y Artemión en Chipre, provincia en que la comunidad judía acabó siendo erradicada⁸¹.

Volviendo a la conflagración que tuvo lugar en Palestina en los tiempos de Adriano, la conocida como Guerra de Bar Kochba, por el líder de la revuelta, las fuentes son realmente escuetas, como decimos. La única fuente romana que poseemos sobre el conflicto es la noticia proporcionada por Dión Casio en el libro 69 de su *Historia Romana*⁸², conservada en un epítome medieval, obra del monje Jifilino y que, además, no proporciona los nombres de los cabecillas de la revuelta. La causa de la rebelión habría sido, según Dión, la pretensión del emperador Adriano de construir una ciudad de planta pagana sobre las ruinas de Jerusalén, así como la erección de un templo consagrado a

⁷⁶ Is. 45, 1.

⁷⁷ Iosephus, *Bel. Iud.* 6, 260-261.

⁷⁸ Iosephus, *Bel. Iud.* 6, 266.

⁷⁹ Iosephus, *Bel. Iud.* 5, 316

⁸⁰ Eusebius Caes., *Hist. Eccl.* 4, 6, 2.

⁸¹ Cassius Dio, *Hist. Rom.* 68, 32.

⁸² Cassius Dio, *Hist. Rom.* 69, 12-14.

Júpiter Capitolino en el lugar que antes había ocupado el Templo. Eusebio de Cesarea contradice esta información al afirmar que la construcción de Aelia Capitolina ocurrió con posterioridad a la guerra y que se trataría, por tanto, del castigo que Roma infligió a los rebeldes judíos por su deslealtad⁸³. La información de Dión Casio, sin embargo, cuadra más con la política llevada a cabo por Adriano en su gira por las provincias de Oriente⁸⁴, viaje que el emperador realizó con anterioridad al estallido de la guerra. Por ello, resulta razonable creer en la veracidad de la información proporcionada por el historiador pagano, según el cual la fundación de Aelia Capitolina fue causa y no consecuencia de la rebelión, hecho que parece corroborar la numismática⁸⁵. Si a ello sumamos el hecho de que la Historia Augusta afirma que la causa del alzamiento judío habría sido la prohibición de la circuncisión⁸⁶, la cual habría quedado equiparada legalmente a la castración, quedaba así justificada a ojos de los judíos una guerra santa en toda regla.

Existe otra causa que convendría considerar, de carácter cuasi psicológico. En estos años se cumplían seis décadas de la destrucción del Templo de Jerusalén. Se trataba aproximadamente del mismo tiempo que tardó en ser reconstruido el Santuario después de su destrucción a manos de Nabucodonosor II y cabe pensar que todavía viviría mucha gente, ya anciana, que había podido contemplar el Santuario en todo su esplendor. Asimismo, conviene recordar que tanto el primer como el segundo Templo habían sido destruidos el mismo día del año, el nueve del mes de Av. Que los judíos no habían perdido la fe en una futura restauración del Templo⁸⁷ y del culto sacrificial⁸⁸ lo demuestran las monedas acuñadas por los seguidores de Simón bar Kochba, de las cuales se han hallado millares esparcidas por toda el área de Palestina y que constituyen una valiosa fuente de información sobre la contienda⁸⁹. De igual forma, parece ser que el emperador Juliano también contó con el entusiasta apoyo de los judíos en su proyecto de reconstrucción del Santuario jerosolimitano⁹⁰.

Aparte de la información numismática y papirológica, sobre la que hablaremos más adelante, las únicas fuentes que hablan sobre el líder de esta revuelta, Simón bar Kochba, son los escritos de los Padres de la Iglesia y algunos pasajes de la literatura talmúdica. Justino de Neápolis y Eusebio de Césarea lo presentan como un feroz perseguidor de la Iglesia primitiva. Jerónimo y Epifanio también lo mencionan, pero se limitan a seguir lo

⁸³ Eusebius Caes., *Hist. Eccl.* 4, 6, 4.

⁸⁴ Smallwood, 1981, pp. 431-433.

⁸⁵ Mildenberg, 1980, p. 333.

⁸⁶ *Mouerunt ea tempestate et Iudaei bellum quod uetabatur mutilare genitalia (Scriptores Historiae Augustae, Vita Hadriani 14, 2)*. Existen dudas, sin embargo, de la veracidad de esta información, dados los problemas de fiabilidad que presenta la Historia Augusta (Smallwood, 1981, p. 429). De todos modos, no deja de ser cierto que posteriormente Antonino Pío hizo una excepción a la *Lex Cornelia de Sicariis et Veneficis*, permitiendo o reestableciendo la circuncisión a los judíos, pero únicamente a ellos (*Dig.* 48, 8, 11: *Circumcidere Iudaeis filios suos tantum rescripto Divi Pii permittitur: in non eiusdem religionis qui hoc fecerit, castrantis poena irrogatur*).

⁸⁷ Gallego, 2000, p. 81.

⁸⁸ Goodman, 2009, p. 285.

⁸⁹ Mildenberg, 1980, p. 312.

⁹⁰ Sozomenus, *Hist. Eccl.* 5, 22.

que dice Eusebio, quien, por otra parte, es quien más información aporta. En el cuarto libro de su *Historia Eclesiástica* refiere lo siguiente: «Mandaba por entonces a los judíos uno llamado Barkokebas (*Βαρχοχέβας*), que significa «estrella», un hombre homicida y bandido, pero que, por su nombre, como si tratara a esclavos, decía que era luz bajada desde el cielo y con engaños mágicos hacía ver que brillaba para los maltratados»⁹¹.

Las fuentes rabínicas ofrecen noticias igualmente breves, de carácter semi-legendario, transmitidas por la tradición oral. A pesar de ello, constituyen un valioso testimonio, por ejemplo en lo referente al desarrollo de los acontecimientos bélicos, aspecto poco tratado por las fuentes paganas y cristianas. Gracias a las fuentes talmúdicas sabemos, por ejemplo, que la guerra duró tres años y medio⁹², información que ha podido ser contrastada con la proporcionada por la numismática⁹³. También que Bethar fue la última plaza que cayó en manos de los romanos y que la derrota definitiva se produjo en el aniversario de la destrucción del primer y el segundo Templo, el nueve de Av, aunque parece que esto último tiene visos de ser una leyenda, más que una realidad. Especialmente interesantes para el tema que nos ocupa resultan los pasajes que refieren las supuestas pretensiones mesiánicas de Bar Kochba. Para ello, el caudillo judío habría contado con el entusiasta apoyo de una parte del estamento rabínico representada por el influyente rabino Akivá. El *locus classicus* a este respecto lo hallamos en el midrash al libro de las Lamentaciones:

Quando rabí Akivá contempló a Bar Koziba exclamó: «¡Este es el rey Mesías!», rabí Johanan ben Tortha replicó: «¡Akivá, la hierba habrá crecido en tus mejillas y (el mesías) aún no habrá llegado!»⁹⁴.

En otro pasaje, en este caso del Talmud de Jerusalén, hallamos lo siguiente:

Rabí Simón ben Yohai dijo: «Rabí Akivá, mi maestro, dio cuenta de este pasaje: Saldrá una estrella (*kokab*) de Jacob» (Num. 24, 17)⁹⁵.

Aquí se complementa la versión dada por Eusebio de Cesarea sobre el nombre de Simón bar Kochba como «hijo de la estrella», basado en el citado pasaje del libro de los Números y que hallamos referido a Jesús en el Nuevo Testamento. El nombre de Bar Kochba, por último, daba pie a un juego de palabras entre Kochba, que significa «estrella» y Koziba, «mentira» o «decepción». Es probable que este último fuese el calificativo aplicado al

⁹¹ Eusebius Caesariensis, *Hist. Eccl.* 4, 6, 2.

⁹² *Midrash Rabb.* 2, 2, 4.

⁹³ En las monedas acuñadas por los seguidores de Bar Kochba se puede leer «año uno de la liberación de Israel», «año dos de la liberación de Israel» y una tercera serie en que se lee «libertad de Israel», que podría ser del tercer año de la revuelta o del momento inicial de la misma. Se trata de los llamados «tres períodos» de acuñación de la guerra de Bar Kochba (Mildenberg, 1980, pp. 319 y 329).

⁹⁴ *Midrash Rabb.* 2, 2, 4.

⁹⁵ *Talmud de Jerusalén, Ta'anith* 4, 68d.

caudillo hebreo después de la derrota, el de «hijo de la mentira» o «de la decepción», máxime si tenemos en cuenta la dura represión que siguió a la guerra y que afectó notablemente al estamento de los rabinos⁹⁶.

Resultan de obligada mención los trabajos que dedicó a la figura de Bar Kochba el célebre arqueólogo israelí Yigael Yadin, conocido sobre todo por sus estudios sobre el yacimiento de Masada. A pesar de que sus conclusiones se hallan fuertemente imbuidas por su fuerte celo sionista (conviene recordar que realizó sus investigaciones en los años de las guerras entre árabes e israelíes), ello no desmerece en absoluto sus aportaciones, por mucho que a posteriori hayan sido necesarias algunas revisiones en torno a su obra. Debemos a Yadin el descubrimiento y desciframiento de una serie de documentos de época de la revuelta de Bar Kochba, alguno de los cuales lleva incluso la firma del caudillo hebreo. Estos hallazgos se sumaron a otras cartas arameas halladas a principios de los años 50⁹⁷. La imagen del líder judío que presentan las cartas corrobora la que aportan las fuentes rabínicas de un caudillo bastante severo con sus tropas:

Shimeón bar Kosiba a Yehonatan ben Be'ayan y a Masabala... coged a los jóvenes (o sirvientes) y venid con ellos, si no seréis castigados y llegaré a un acuerdo con los romanos⁹⁸.

Este documento es la única vez en todas las cartas en que se menciona a los romanos como tales, ya que normalmente se les llama «gentiles». En otra de las cartas, escrita en griego, se menciona a un tal Ailianos que colabora con los rebeldes. Gracias a esta carta sabemos que el nombre del caudillo hebreo se pronunciaba en realidad con una *i*, Kosiba (Κοσιβα), algo que no se podía deducir de las cartas arameas, dado que el semita no anota las vocales. Asimismo, gracias a estas cartas se ha podido saber que los soldados de Bar Kochba se llamaban entre ellos «ἀδελφοί», es decir, hermanos⁹⁹. Yadin apunta la posibilidad de que este Ailianos y otro no judío cuyo nombre no resulta del todo legible, So...ios, sean en realidad gentiles que colaboraban con los rebeldes judíos¹⁰⁰. Esta afirmación se apoya en la propia noticia¹⁰¹ aportada por Dion Casio, según el cual «muchas naciones de fuera se les unieron también, impacientes por vencer (a los romanos)». Cabe la posibilidad, no obstante, de que se trate simplemente de judíos con nombre gentil, como tantos otros en la época¹⁰². Además, no tendría sentido semejante colaboración entre judíos y gentiles en Palestina en un conflicto que se supone los primeros concebirían al estilo de una guerra santa. Asimismo, la región contaba con un triste historial de choques entre judíos y griegos que, frecuentemente, acababan en auténticos baños de sangre, tanto en

⁹⁶ Keller, 1994, pp. 88-92.

⁹⁷ Fortela y Alarcón, 2006, p. 23.

⁹⁸ Yadin, 1978, p. 126.

⁹⁹ Yadin, 1978, p. 132.

¹⁰⁰ Yadin, 1978, p. 132.

¹⁰¹ Isaac, 1990, pp. 85-87.

¹⁰² Existe, de hecho, una inscripción honorífica procedente de la ciudad de Roma consagrada a su mujer por un judío de nombre Ailianos (*CIJ* 1, 139 = *Noy* 2, 208).

el transcurso de los acontecimientos bélicos como en la posterior represión.

Volviendo a Bar Kochba, hay que recalcar que en ningún momento se presentó a sí mismo como «mesías». Todo lo más, en las representaciones monetarias, como en sus cartas, se hace llamar «Nasí»¹⁰³, que significa príncipe, lo cual reflejaría únicamente pretensiones regias. Conviene decir que en esta época el título de «Nasí» era detentado únicamente por el patriarca, que era el jefe supremo de los rabinos en tanto que presidente del sanedrín y, toda vez que el Templo y la clase sacerdotal habían desaparecido, la máxima autoridad moral y religiosa, en parte también política, del judaísmo. Además, no existe ningún indicio que permita apuntar a que Bar Kochba fuese del linaje de David¹⁰⁴. Por último, cabe señalar que en las monedas se menciona también a Eleazar como sumo sacerdote, quizá Eleazar de Modín, de quien la tradición talmúdica señala que era tío del propio Simón y con el que formaría el dúo sacerdote-rey¹⁰⁵ propio de los movimientos mesiánicos, tal como hemos visto con Judas de Galilea y el fariseo Sadoc o como ocurre con el propio Jesús de Nazaret y Juan el Bautista en la tradición cristiana.

CONCLUSIÓN

Tal como hemos tratado de exponer, el fenómeno del mesianismo judaico no deja de ser en definitiva un episodio más de caudillismo, eso sí, fuertemente impregnado del elemento que constituye la verdadera esencia del pueblo judío: su religiosidad. De todas las figuras mesiánicas que hemos visto, la que más perduró en la memoria del pueblo hebreo fue la de Simón bar Kochba. Su recuerdo, como el de algunos otros aspirantes mesiánicos, fue consignado en los escritos de los rabinos en los primeros siglos de la era cristiana, quedando como el paradigma de mesías fracasado, algo que, posiblemente, trataba de evitar que surgiesen otros presuntos mesías que diesen lugar a una nueva tragedia a la nación hebrea. A día de hoy, en muchas comunidades judías se continúa celebrando una fiesta infantil, el Lag Baomer, en que los niños representan las luchas entre Bar Kochba y los romanos. Asimismo, el pseudo-mesías judío más famoso de todos, Sabetai Zeví¹⁰⁶, trató en un momento dado de ligarse a la figura de Simón bar Kochba, hasta el punto de que su principal seguidor y valedor, Natán de Gaza, llegó a afirmar que el alma del caudillo antirromano se había reencarnado en el

¹⁰³ Yadin, 1961, pp. 31-32.

¹⁰⁴ Mildenberg, 1980, pp. 313-314.

¹⁰⁵ Gallego, 2000, p. 83.

¹⁰⁶ Sabetai Zeví (1626-1676), judío otomano de origen sefardí, dio lugar al más importante de los movimientos mesiánicos que ha vivido el judaísmo a lo largo de su historia. Se calcula que entre un tercio y la mitad de los judíos europeos de su tiempo se vieron arrastrados por su figura hasta que, finalmente, fue forzado a convertirse al Islam por el sultán Mehmet IV, lo que significó el fin del movimiento, si bien el mismo ha persistido hasta nuestros días, aunque de manera más marginal. Sobre la historia de los movimientos mesiánicos de época romana y posterior recomendamos la monografía de C. Bourseiller, *Les faux Messies* (Fayard, Paris, 1993, editado en castellano por Martínez Roca). A pesar de su carácter de libro de divulgación y de algunas carencias metodológicas, refleja muy bien cómo se han ido repitiendo una serie de patrones en los distintos movimientos mesiánicos a lo largo de la historia.

propio Sabetai¹⁰⁷.

Llegados a este punto, nos interesa recalcar dos aspectos a modo de conclusión. En primer lugar, que lo que conocemos como mesianismo judío fue en realidad un proceso gradual que no alcanzó su forma definitiva hasta la época del Talmud. La influencia del ideal mesiánico cristiano fue la que acabó de dar forma al mesianismo judío, que tuvo su auge, como decimos, en los siglos medievales y la Edad Moderna. Por último, el fenómeno del mesianismo fue tratado por Roma en todo momento como un problema político más que religioso. Cabe recordar el episodio que recoge Eusebio de Cesarea, según el cual Diocleciano mandó traer a su presencia a los descendientes de Judas, hermano de Jesús, preocupado no por sus doctrinas religiosas, sino por el hecho de ser descendientes del rey David¹⁰⁸. A pesar de que se trata sin duda de un hecho legendario, ilustra cómo la preocupación de Roma por el mesianismo fue siempre meramente política, como lo fue la manera en que más adelante trató la cuestión cristiana, no tanto como un asunto religioso sino como un problema de orden público y de lealtad hacia las instituciones del Estado.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Fortela, C. y Ararcón Sainz, J. J., «Las cartas arameas de Bar-Kokba: texto, traducción y comentario», *Sefarad*, 66 (1), 2006, pp. 23-54.
- Avi-Yonah, *The Jews under Roman and Byzantine Rule*, The Magnes Press, Jerusalem, 1984.
- Bartlett, J. R., *Jews in the Hellenistic World. Josephus, Aristeas, The Sibylline Oracles, Eupolemus*. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- Farmer, W. R., «Judas, Simon, and Athronges», *New Testament Studies*, 4, 1958, pp. 147-155.
- Feldman, L. H., «The Term «Galileans» in Josephus», *The Jewish Quarterly Review*, 72 (1), 1981, pp. 50-52.
- Frey, J., *Corpus Inscriptionum Judaicarum I. Europe*, Istituto di Archeologia cristiana, Roma, 1936.
- Gager, J. G., *Kingdom and Community. The Social World of Early Christianity*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1975.
- Gallego, H., «Mesianismo y lucha político-social en Palestina bajo la dominación romana (63 a.C. - 132 d.C.)», en Á. Alonso (coord.), *El mesianismo en el cristianismo antiguo y en el judaísmo*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2000, pp. 63-85.
- García Martínez, F., «Esperanzas mesiánicas en los escritos de Qumrán», en F. García Martínez y J. Trebolle Barrera, *Los hombres de Qumrán*, Trotta, Madrid, 1993, pp. 187-222.
- Goodman M., *Rome et Jérusalem: le choc de deux civilisations*, Perrin, Paris, 2009.

¹⁰⁷ Scholem, 1989, pp. 284-285.

¹⁰⁸ Eusebius Caes., *Hist. Eccl.* 3, 20, 1.

- Greenstone, J. H., «Messiah», en L. Rittenberg *et alii*, *The Universal Jewish Encyclopedia in ten volumes*, VIII, Ktav Publishing House, New York, 1969, pp. 499-503.
- Gressmann, H., *Der Messias*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1929.
- Horsley, R. A., «The Zealots. Their Origin, Relationships and Importance in the Jewish Revolt», *Novum Testamentum*, 28 (2), 1986, pp. 159-192.
- Horsley, R. A. y Hanson, J. S., *Bandits, Prophets, and Messiahs. Popular Movements at the Time of Jesus*, Harper & Row, San Francisco, 1988.
- Idinopoulos, T. A., «Religious and National Factors in Israel's War with Rome», en S. Talmon (ed.), *Jewish Civilization in the Hellenistic-Roman Period*, JSOT Press, Sheffield, 1991, pp. 50-63.
- Isaac, B., *The Limits of Empire*, Clarendon Press, Oxford, 1990.
- Jagersma, H., *A History of Israel to Bar Kochba*, SCM Press, London, 1994.
- Johnson, P., *La historia de los judíos*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1991.
- Keller, W., *Historia del pueblo judío*, Ediciones Omega, Barcelona, 1994.
- Kennard, J. S., «Judas of Galilee and His Clan», *The Jewish Quarterly Review*, 36 (3), 1946, pp. 281-286.
- Klausner, J., *The Messianic Idea in Israel: from its beginning to the completion of the Mishnah*, Allen and Unwin, London, 1956.
- Loftus, F., «The Anti-Roman Revolts of the Jews and the Galileans», *The Jewish Quarterly Review*, 68 (2), 1977, pp. 78-98.
- Michel, O., «Simon Bar Giora», *World Congress of Jewish Studies*, 4 (1), 1967, pp. 77-80.
- Mildenberg, L., «Bar Kokhba Coins and Documents», *Harvard Studies in Classical Philology*, 84, 1980, pp. 311-335.
- Noy, D., *Jewish Inscriptions of Western Europe II. The City of Rome*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.
- Scholem, G., *Sabbatai Sevi: The Mystical Messiah*, Princeton University Press, Princeton, 1989.
- Schürer, E., *Historia del pueblo judío en los tiempos de Jesús*, I-II, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1985.
- Schwartz, S., *Imperialism and Jewish Society, 200 B.C.E to 640 C.E.*, Princeton University Press, Princeton, 2001.
- Sievers, J., *The Hasmoneans and Their Supporters. From Mattathias to the Death of John Hyrcanus I*, Scholars Press, Atlanta, 1990.
- Smallwood, E. M., *The Jews under Roman Rule. From Pompey to Diocletian*, E. J. Brill, Leiden, 1981.
- Suárez de la Torre, E., «Miedo, profecía e identidad en el mundo romano: los Oráculos Sibílicos», *Minerva: revista de filología clásica*, 2001, pp. 245-262.
- Yadin, Y., *Bar-Kokhba. The Rediscovery of the Legendary Hero of the Last Jewish Revolt against Imperial Rome*, Steimatzky's Agency Ltd., Jerusalem, 1978.
- Yadin, Y., *Las cartas de Bar Cojba: historia de un descubrimiento*, Instituto Central de Relaciones Culturales Israel-Iberoamericana, España y Portugal, Buenos Aires, 1961.

